

## Romancero oral de la comarca de Martos (Prólogo de Paloma Díaz-Mas).

Jaén. Instituto de Estudios Giennenses, 2005.  
(Premio Cronista Cazabán 2004). 232 páginas.

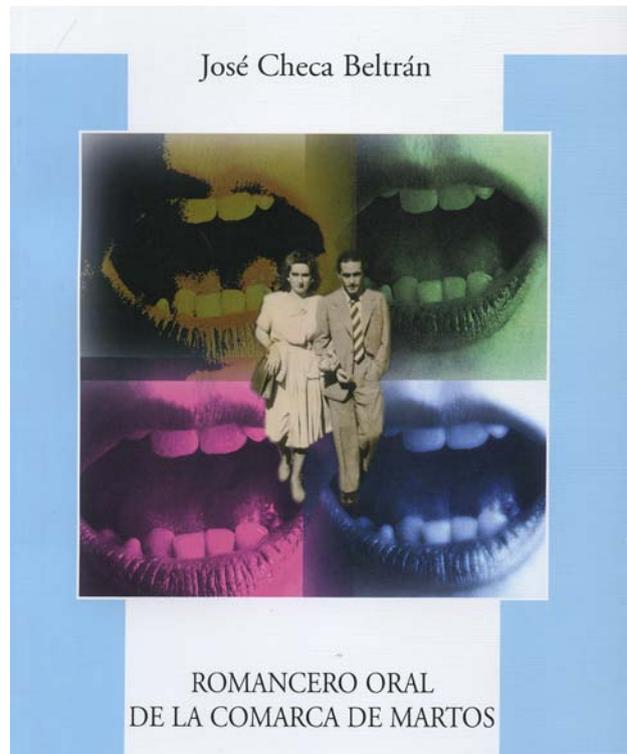
Abraham Madroñal

Instituto de la Lengua Española. CSIC

El doctor Checa Beltrán es un investigador conocido, cuyo currículum abrumador se puede leer en la solapa primera de este libro: es doctor por Bolonia y Madrid, y trabaja como científico titular del CSIC, es secretario de la más importante revista de literatura y especialista como pocos en siglo XVIII, en retórica y poética. Autor de esos dos libros fundamentales para entender esa época que son *Razones del buen gusto* (1998) y *Pensamiento literario del siglo XVIII* (2004).

Y, a pesar de lo dicho, José Checa, premio Cronista Cazabán 2004 por este libro que reseñamos, no trata en él precisamente de su campo de especialidad, de la época neoclásica, sino de otro asunto bien distinto, como es la recopilación de romances orales en su comarca natal de Martos, a la que pertenece precisamente la de Jamilena, patria chica del autor. Tal recopilación se llevó a cabo en dos fases distintas: los años 1980 y 1981 y el año 2004, lo cual permite al autor comprobar la salud de los romances, su pervivencia, cambio o innovación en casi un cuarto de siglo.

Por eso este libro es también una especie de tributo cariñoso y agradecido del propio autor hacia esas gentes tan anónimas como los romances (algunas ya desaparecidas), de las que sin



embargo nos da nombre, apellidos, edades y a veces un simple interrogante seguido del espacio donde se recogió el romance: la residencia de ancianos de Martos. Nombres como los de Paula o María Dolores Jiménez, cuyas fotos incluye al final del libro junto de las de otros informantes (sobre todo mujeres, porque las mujeres quizá eran quienes transmitían especialmente este tipo de cultura oral a las generaciones siguientes) reciben una recompensa agradecida.

La prologuista del libro, la especialista en romancero Paloma Díaz-Mas, destaca en su valioso estudio preliminar la creciente importancia atribuida por los expertos a los romances de ciego, que cantaban estos personajes por los pueblos y que se han mantenido en la tradición

oral quizá justamente hasta la generación que aquí se encuesta, es decir, las personas mayores que habitan en los pueblos. Porque, como bien dice el autor, este tesoro que son los romances, como –me permito añadir– la lírica llamada tradicional, los cuentos populares o los refranes, incluso el vocabulario propio de nuestros pueblos, va desapareciendo a medida que esas generaciones desaparecen.

Las personas de edad no suelen entretener a los más jóvenes con este tipo de consejas, hoy que la televisión o la radio sustituyen las palabras venerables por ejercicios pirotécnicos audiovisuales, en los que suelen escasear las palabras. Hace falta un equipo de investigadores, como reconoce el autor en su presentación, que rescate urgentemente el tesoro. Hacen falta más libros como este y más iniciativas como la que ha tenido la Diputación Provincial de Jaén al editarlo y el Instituto de Estudios Giennenses al premiarlo. Merecen todo nuestro aplauso, también por la labor que ambos desarrollan en pro de la cultura de la provincia.

José Checa no es un simple aficionado a la recopilación folclórica, es un especialista, bien formado en el Seminario Menéndez Pidal y bien asesorado por otros especialistas como Diego Catalán. Los romances recopilados por él obedecen a ese intento titánico de Ramón Menéndez Pidal, el padre de la filología española, y de su escuela de recuperar todos los romances, porque para ellos eran vestigio de la épica medieval. Intento loable, que Checa matiza bien en su introducción, y que ha servido para dotar a esta recopilación de todas las garantías científicas. De tal forma que el libro es a la vez riguroso y ameno.

Me parece también muy acertado que se ordenen los romances según la clasificación de Virtudes Atero en su *Manual de encuesta del Romancero Andaluz. Catálogo-Índice* (2003) y que se remita a los catálogos más importantes, el *General del Romancero Hispánico* del Seminario Menéndez Pidal, el del *Romancero judeo-español*, de S. Armistead o el del *Romanceiro Português e Brasileiro*, de Manuel Da Costa Fontes.

Andalucía ha sido siempre tierra abonada en lo que se refiere a la recopilación en materia fol-

clórica, basta recordar seguramente un nombre, el del padre de los hermanos Machado, Antonio Machado y Álvarez, autor entre otros libros de *Estudios sobre literatura popular*, o de la *Colección de cantes flamencos*, de *Poesía popular* y director en definitiva de la Biblioteca de las Tradiciones populares españolas, todo ello a finales del XIX. Es el caso también de otro investigador famoso, este natural de Osuna, como fue Francisco Rodríguez Marín, que fundó en colaboración con el primero la serie *El folklore andaluz*, que tan buenos frutos dio también en la misma época.

Más concretamente también se dedicaría a Jaén *El romancero de Jaén*, de 1862 donde recoge una interesante colección de romances cultos, y cuya edición facsímil editó la Diputación Provincial de Jaén en 1989 con prólogo de Manuel Caballero Venzalá. También han recogido y publicado romances en la provincia J. Manuel García y V. Garrido, en su *Literatura de tradición oral en Sierra Mágina*, de 1991, o más recientemente Julián Rozas en su trabajo sobre las tres morillas en Jaén y a la lírica tradicional (2002). Otros temas folclóricos han merecido también trabajos, así Juan del Arco Moya, dedicado a la religiosidad popular en el Jaén del siglo XVIII. Rafael Ortega y Sagrista dedicaba el suyo a las *Escenas y costumbres de Jaén* (1977-1988), Matilde Fernández Montes y M<sup>a</sup> Ángeles Morcillo otro a la alfarería popular (1983), Rafael García Serrano a las hornacinas callejeras en Jaén (1973), M<sup>a</sup> Dolores Torres Rodríguez de Gálvez publicó hace ya algunos años su magno *Cancionero popular de Jaén* de 1972.

Centrándonos ya en el contenido del libro de que hablamos, hay que señalar la riqueza y fecundidad del romancero oral jiennense, como quizá la riqueza de nuestra tradición, pero –como subraya el propio autor– cada una de las recopilaciones es única porque el romancero, como toda la literatura tradicional, vive precisamente en sus variantes y aunque se cante o se recite el mismo romance, siempre hay alguna contaminación, algún añadido o supresión que lo singulariza respecto a otras versiones recogidas, y de ahí su interés.

Es prodigioso ver cómo se conservan aún romances que se dedican a cantar la guerra de

Cuba o la de Marruecos, que sigue estando ahí, como si no hubieran pasado más de cien años desde aquellos sucesos dolorosos, que se mantienen aún en el imaginario colectivo. Pero los romances, lejos de recordar con nostalgia aquellos tiempos, lo que hacen es criticar a veces acerbamente los sucesos políticos que propiciaron las guerras, véase si no el romance que comienza «Melilla es un matadero» o el que se dedica a los soldados de Sidi Ifni.

No se trata aquí de buscar la exactitud o perfección métrica o estilística, interesa tanto o más la deformación popular, cómo en una tirada de versos de ocho sílabas, de repente aparece uno de nueve o de diez porque quien lo canta quiere decir juntas muchas cosas bajo el amparo de la rima. Tanto o más que lo literario, interesa aquí lo sociológico y, yo diría también, lo lingüístico.

El libro tiene una presentación rigurosa desde el punto de vista científico, por cuanto cada romance viene precedido de unas palabras en las que se estudian su origen o difusión y también las particularidades de la versión recogida en la comarca de Martos. Muchas veces tales particularidades no son sino una versión más corta o en la que falta alguno de los componentes secuenciales del romance, pero otras ofrecen variantes de interés que aportan datos fundamentales para conocer la difusión y características de determinada pieza.

La primera parte del libro se dedica a romances tradicionales, dentro de los tradicionales destacan los caballerescos como el del Conde Niño, que apenas presenta variaciones, o el famosísimo de Gerineldo, muy extendido en toda la península y del que se recogen no menos de cuatro versiones; otros se refieren a la historia contemporánea, como es el caso del famoso también de la bastarda y el segador, que presenta el trágico final que todos conocemos y esa curiosa red de metáforas agrícolas que encubren el acto sexual; no menos conocido es también el romance de la serrana de la Vera, muy extendido igualmente y que procede de versiones orales muy antiguas según declara el propio autor, quizá procedentes de la tierra extremeña.

Algunos de estos romances llaman la atención por la acumulación de elementos trágicos

que contienen: es frecuente el tema del marido muerto en la guerra o el esposo que vuelve de la misma y apenas es reconocido por su mujer, o de la nuera que sufre las malas atenciones de una suegra poco escrupulosa; otras veces lo que se produce es una anagnórisis o reconocimiento de un marido que había marchado a la guerra y que vuelve al cabo del tiempo justo cuando su mujer está punto de contraer matrimonio. El tema del reconocimiento aparece también en el romance de las tres cautivas. Hay también en esta parte del romancero oral unos cuantos textos que tienen contenido devoto, como el que se refiere al niño Dios pidiendo, o el de San Antonio y los pájaros; pero sin duda son minoría en comparación con otro tipo de romances, como por ejemplo los jocosos, como es el caso del romance de un gato o el famoso de la Loba parda, que se ha recogido en una versión muy fragmentaria.

En la parte dedicada a los romances de ciego se presentan temas muy variados: guerras de Cuba y de Marruecos, conflictos matrimoniales, muerte del amante, padres que abandonan a sus hijos, asesinatos, abandonos, incestos, accidente ferroviario, milagros, burlas sexuales, etc. Abundan, desde luego, los casos truculentos.

En definitiva, este libro significa algo importante: la salvación de la tradición popular en una comarca de Jaén, particularmente rica en lo que se refiere a la conservación de los romances; pero seguramente de cada una de las comarcas que componen esta tierra se podría recopilar un libro como el presente, y en este sentido el investigador del CSIC José Checa nos quiere llamar la atención sobre lo importante es que no se pierda esta tradición, porque tal vez mañana será tarde. En este sentido, me llama la atención el último romance, el dedicado a un personaje ilustre de Jamilena, el músico Miguel Ángel Colmenero, que murió en 2002. El romance llora su muerte y es señal de que los procedimientos de creación romancística siguen funcionando y siguen perviviendo en la mente de las personas del pueblo, faltan ahora personas con la sensibilidad de José Checa para recogerlos y transmitirlos a los demás en forma escrita.

